

—¿De qué?

—No quiero decir más, lo sabrás así que haya algo de positivo.

Dos días después la anciana señorita fue al castillo á la hora que sabía hallaría sola á Germana.

—¿No te habia prometido novedades?—le dijo.

—Sí, tía mía.

—Pues aquí están: se ha presentado para tu hermana un partido excelente.

—¡Tanto mejor,—dijo Germana con alegría.—¡Mamá será muy dichosa!

—¿Conoces á madama de Emmeryn?

—Sí, tía, es una gran señora en toda la acepción de la palabra, de gran nacimiento, gran fortuna y gran mérito: conozco también á su hijo.

—Un hijo único, encantador, con brillante presente y grandes esperanzas para el porvenir; ese es el marido que se propone para la señorita Angela, que ha nacido de pie, como los gatos: ¡qué suerte! ¡qué suerte!

—¡Ah, tía mía! dejadme que os abraze por tan buena noticia, ¡qué feliz seré con la dicha de mi hermanita, de mi querida educanda! ¡porque yo la he educado!

—En verdad que eres demasiado buena,—dijo la tía con mal humor:—tú morirás soltera; ¡soy yo quien te lo dice! Por lo pronto, mañana, mi hermano y tu tío, presentarán aquí á Leopoldo de Emmeryn y á su madre, para tratar de la boda de esa muñeca de cera.

IX

La primera visita

Al volver de su visita á la Richardiere, madama de Emmeryn, se encerró en su cuarto y escribió la carta siguiente:

Tours, mayo 20 de 18...

Mi buena hermana: te prometí referirte lo que ocurriese en la entrevista que habia de tener tan grande influencia en el porvenir de mi hijo. Ya sabes que he hallado en madama Darboys una antigua compañera de pensión; ¿no te acuerdas de la linda Susana Herbin, á la que sus padres enviaban tantos cajones de frutas, de pasteles y de dulces de Tours? ¡Pues bien, Susana es hoy madama Darboys!

Su marido, hombre de honor y de mérito, murió hace algunos años y ella quedó viuda con tres hijas; la mayor, que, según dicen por aquí, es preciosa, se ha hecho Hermana de la Caridad su hermana gemela, no se ha casado todavía

la menor, cuyo nombre es Angela, ha trastornado la cabeza de mi hijo Leopoldo, hasta aquí, como sabes, difícil de gusto.

La posición y la gran fortuna de esta familia nos convenían; así es, que aventuré una tentativa cerca del tutor de estas niñas, y esta tarde nos ha presentado á Susana y á sus hijas.

El pequeño castillo de la Richardiere, que estas señoras habitan, se halla á la orilla del Loira y en una situación encantadora: hemos hallado á las tres castellanas en el terrado, que domina un punto de vista delicioso: el parterre descende en declive, y sus variadas calles, llenas de rosas, claveles, lilas, azucenas, verbenas, lirios blancos y azules, y guarnecidas de yedra y de madreselva se asemejan á un hermoso tapiz de Esmirna cubriendo el suelo.

Ya sabes cuanto precio tienen para mí el orden y el buen gusto; así, pues, la Richardiere me conquistó al instante, tanto mis ojos quedaron encantados de aquella elegante sencillez, de aquel gusto exquisito, que parece ser natural, y no una decoración preparada al efecto.

El recibimiento que se nos hizo fue un poco reservado, pero afectuoso y digno: madama Darboys es aún encantadora y amable hasta tal punto, que tengo que ponerme en guardia contra esta gracia del talento, que en ella me ha tautivado siempre.

Yo soy benévola para todo el mundo; pero cuando una persona hace sonreír á sus ojos para agradarme, cuando sus palabras son dulces, cuando muestra deseos de complacerme, entonces soy suya con más fuerte razón.

Las dos hijas de Susana se hallaban á su lado: la mayor marcaba con letras bordadas unas servilletas. Angela, trabajaba en un crochet, excesivamente fino: ¡qué bonita es Angela! Leopoldo dejaba adivinar en sus miradas, que era de mi mismo parecer; sin embargo, su amor naciente no ha impedido que se muestre lo que es: un joven amable y distinguido, del cual su madre está muy orgullosa: ya sabes que ha pasado el tiempo en que el amor hacía perder la palabra y el juicio á los enamorados.

En tanto que Susana y yo hablábamos, agotando todos los asuntos de conversacion que pueden tocarse en una primera visita, yo observaba á la que parece destinada á ser mi hija, y puedo hacerte su retrato.

Angela es pequeña y graciosa, con tez trigueña y mate, hermosos ojos españoles y espléndidos cabellos, cuyas trenzas negras y brillantes, podrían hacer un manto á su estatura, que no llega á mediana: tiene talento, y su acento claro y rápido halaga el oído: sólo con verla se comprende el amor idólatra que le profesa su madre.

Al lado de esta niña, Germana, su hermana mayor, brilla también, lo que parece paradójico: es una joven de veinticuatro años, rubia y pálida, y cuyo rostro tiene una rara expresión de bondad, de dulzura y de inteligencia: he oído que no quiere casarse, que ha rehusado varios partidos, y que está dedicada por completo á las buenas obras: lástima es, á la verdad, porque haría una encantadora y excelente esposa.

Creo que es ella la que se ocupa del gobierno

de la casa, porque ella es la que nos ha hecho servir algunos refrescos. Ese parterre, de cuya bella disposición te he hablado, es ella quien lo ha dibujado sobre un croquis de su padre, y quien ha vigilado la ejecución. Quizá no es ella la hija más amada de Susana, pero es seguramente la más amante. Ya sabes que nuestro viejo Plutarco divide los amigos en amados y amadores. Angela pertenece á la primera clase, Germana á la segunda; emplea para hablar á su madre ese tono dulce, respetuoso, tierno, que nos conmueve á nosotras las madres, y que ha llegado á ser raro en la actual generación.

Germana parece querer mucho á su hermana menor: busca el ponerla á la luz más favorable, obscureciéndose ella misma todo lo posible; durante la visita ha hablado muy poco, y su modestia extiende un velo delicado sobre su talento y su corazón, que es preciso adivinar.

Yo me siento atraída hacia esta joven, y tanto más cuanto que me parece un poco melancólica; ¿aspirará á reunirse con su hermana en la vida religiosa? Muy sensible me sería, porque Germana serviría á Angela de guía perfecta y sería también para mí hijo una hermana llena de abnegación. ¡Ah! si los hijos tuvieran los ojos de sus madres, no sería á quien se dirigiese Leopoldo la niña de diez y ocho años, por más bonita y gentil que sea, sino á su hermana, probada ya por las penas de la vida, y que ha dado á su familia testimonios irrecusables de afecto: ¿no sería ésta una más digna compañera?

No quiero, mi querida hermana, detenerme

en estos pensamientos, porque me pondrían triste; y quiero emplear toda mi filosofía en ver los lados buenos de la unión que se prepara, Leopoldo ha salido encantado de nuestra visita: sólo ha visto á la hermana menor. Germana, con su figura dulce y casta, no ha fijado ni un instante su atención; madama Darboys le ha encantado también, y preveo, hermana mía, que muy pronto te invitaré á la boda de tu sobrino.

Yo no estoy descontenta: todas las conveniencias de fortuna, de posición, de edad y de educación se reúnen para este enlace. Leopoldo lo desea, y en este punto mi gusto no debe prevalecer sobre el suyo. Ya tiene treinta años, su razón es sólida, su talento claro y su elección no puede ser desacertada por lo mismo.

En cuanto á mí, te lo confieso: al lado de la seductora niña he entrevisto una alma cuya belleza hace olvidar los ojos brillantes, el talle fino y la florida juventud de mi futura nuera, y para no ocultarte nada, si se confirma lo que preveo, amaré á Angela porque será la esposa de Leopoldo, pero echando de menos á Germana.

¡Esta es la vida! no hay en ella dicha sin sombras, ni votos completamente realizados. Si esta amable Germana no se casa, será mi amiga; ¿no será ella la tía de esos pequeños seres, en los que volveré á ver á Leopoldo niño? Los ojos negros de Angela me parecerán muy hermosos en mi nieta.

Adiós, hermana mía, te abrazo como te amo, y recomendando á tus oraciones la dicha de mi hijo, y los proyectos que he formado.

CLARA D'EMMEBYN.

La simpatía se siente y se adivina: es una cadena eléctrica que va de una alma á otra. Germana comprendió el interés que inspiraba á madama de Emmeryn, por el que ella misma sentía hacia aquella señora, buena, sencilla y distinguida; pero ocultó lo mejor que pudo este sentimiento y procuró seguir pasando desapercibida, obscura, y no atraer sobre ella la atención de la madre ni la del hijo.

Jamás una mujer celosa puso más cuidado en eclipsar á su rival, que Germana empleó para ocultar su gracia, sus habilidades, su talento; todo, en fin, lo que la hacía digna de amor y de amistad. La noble joven aborrecía hasta el pensamiento de ser un obstáculo á la dicha de Angela y de trastornar los proyectos del porvenir, sobre los cuales su madre fundaba tantas esperanzas.

—No te entiendo, querida mía,—le decía la señorita Honorina con su vivacidad ordinaria;—desde que madama de Emmeryn y su hijo han llegado estás muda como un pescado; ya no tomas parte en la conversación, á no ser para responder lo más indispensable; tiras de la aguja como si te hubiera de dar el pan del día, y no solamente te muestras poco amable, sino que apenas respondes á las espresivas frases de madama de Emmeryn, que no separa de tí los ojos. Perdona á tu vieja tía, pero esta manera de ser tuya ahora, me crispera los nervios. Yo que hubiera deseado que parecieses á los ojos de Leopoldo y de su madre lo que eres en realidad...

Si conociesen tu valor, ¿quién sabe lo que sucedería?...

—¿Qué había de suceder, querida tía?—dijo Germana sonriendo.

—Que Leopoldo hubiera visto claro, y que en vez de enamorarse de tu hermana, que es una niña mal educada, se hubiera inclinado á tí y te hubiera amado. ¡Ah mi pobre Germana! ¡qué casamiento tan excelente para tí! ¡Marido, suegra, todo inmejorable!

—¿Y mamá?—repuso Germana,—¿mi querida mamá, que desea tanto este matrimonio para Angela? ¿Hubiera yo podido afligirla y contrariarla, coqueteando con la madre y con el hijo?

—¡Ah! ¡ya dejaste escapar tu secreto! ¡como yo me figuraba, es por virtud por lo que te haces la insignificante y la desaparecible!

—Yo creo, tía mía, que no se debe llamar virtud al sentimiento natural de no querer turbar la dicha de otro, por el solo placer de aparecer amable.

—¿Y no te encuentras ingrata para madama de Emmeryn, que te ama y te estima?

—No, tía mía: no seré jamás ingrata para los que me profesan afecto. Y si como lo espero, madama de Emmeryn llega á ser la segunda madre de Angela, si nos vemos más intimamente, sabré probarle todo mi afecto.

—¡Qué buena eres, y qué injusta es tu madre para tí!

—Por Dios, tía...

La señorita Honorina se contuvo al ver la

expresión suplicante del rostro de Germana, la abrazó y se marchó moviendo la cabeza.

Las visitas de Leopoldo se hicieron más frecuentes: se hallaba bajo el encanto de la belleza de Angela, la que conociéndolo así, anudaba con esa destreza que poseen las hijas de Eva, las redes en que deseaba verlo envuelto; jamás la había visto nadie tan amable; la presencia de Leopoldo la transformaba: cuando él estaba á su lado, Angela hallaba en el momento oportuno atenciones para madama de Emmeryn, cariños para su propia madre, palabras expresivas y dulces para Germana. Entonces los criados no tenían que temer sus bruscos apóstrofes, hechos con voz alta y dura: los caprichos, el mal humor, el gesto desdeñoso ó irritado, los silencios sin motivo, habían desaparecido: el deseo de agradar y de atraer había hecho milagros, y la misma madama de Emmeryn se dejó seducir, á despecho de su experiencia y de su costumbre del gran mundo.

—Es una niña mimada,—se decía,—pero buena y afectuosa; y Leopoldo, á quien ama tanto, tendrá influencia sobre ella.

La petición de la mano de Angela fue hecha y acogida como era de suponer: la bella niña, radiante de gozo, miró en su dedo la noche del mismo día una sortija adornada de brillantes que Leopoldo puso en él, esperando el anillo nupcial, símbolo de la alianza santa que nada puede romper.

—Hubiera desado casar á Germana la pri-

mera,—decía madama Darboys á sus amigas al anunciar el matrimonio de su hija menor;—pero ella no ha querido; creo que no se casará jamás, y que mirará á los hijos de Angela como si fueran suyos.

Esta idea no tenía nada de desagradable para madama Darboys, y á fuerza de insinuarla, llegó á creer lo mismo que decía. Deseos avaros, que jamás hubiera concebido por su cuenta propia, nacieron en su alma; le parecía natural y lógico que Angela reuniese para sí sola la fortuna de toda su familia, y que ya se le diese la parte mayor, puesto que iba á vivir en el mundo, y quizá dentro de algunos años sería madre de muchos hijos.

Estos pensamientos fermentaron en el espíritu de madama Darboys, y cegándola la pasión cada vez más, llegó á formar y á ejecutar un proyecto cuya sola idea la hubiera indignado en otro tiempo.

Esta es la marcha ordinaria; el alma que no arroja la tentación, llega á ser muy pronto su esclava.